

CAPÍTULO III

LOS POETAS DE LA NATURALEZA

La naturaleza en el siglo xvii. — Racán. — Poesías pastoriles. — Discurso singular en la recepción de la Academia. — Un hidalgo campesino. — Racán en casa de la Srta. de Gournay. — Poesía bucólica. — La Fontaine. — Un espejo de la sociedad y más aún. — La Fontaine y la moral. — Los cuentos. — Varia. — La quina. — Las Comedias. — Las Cartas. — Saint-Malc. — El paisajista. — Psiquis. — Los cuatro amigos. — Un verso de Climena. — Las Epístolas. — La Fontaine en la ópera. — *Astrea*. — *Ragotín*. — *El Florentino*. — El poco lugar que ocupan las fábulas en su carrera de escritor. — Moralista y no moralizador. — Boileau y la Fábula. — El apólogo y la predicación. — Las correcciones de Lessing. — La cámara de lo Sublime. — La prudencia del satírico. — Carácter de La Fontaine. — La Fontaine y la música. — La Fontaine y los sentimientos de familia. — Sus torpezas. — En la corte. — En la sociedad. — Su opinión acerca de la mujer. — Acerca de los hijos. — El asunto Fouquet. — Las desconfianzas. — El trabajo de la lima. — Un fanfarrón de la pereza. — Homenaje de Musset. — Otros fabulistas. — Vergier. — Pavillón. — Senecé. — Su *Orfeo*. — Diversos. — Segrais. — Idilista y Novelista. — El Secretario de las Damas. — Segraisiana.

Hagamos mención especial de algunos poetas de la naturaleza. Fueron raros en aquel siglo de salones y sólo veremos manifestarse y desarrollarse el sentimiento enteramente moderno de la naturaleza á fines del siglo xviii. Pero en fin, el siglo xvii puede alegar con gloria los nombres de Racán y de La Fontaine.

El marqués de Racán (1589-1670), nacido en el castillo de sus padres en La Roche-Racán, en Turena, era más rico en nobleza que en bienes de fortuna. Pasó su infancia en aquel país, que es uno de los más graciosos de Francia y de los más á propósito para formar la juventud de un futuro poeta bucólico.

Huérfano á los dieciséis años y primo por afinidad del duque de Bellegarde, entró en el cuerpo de pajes en la corte de Enrique IV, donde conoció á Malherbe, y el maestro enseñó á su discípulo el arte de los versos.

Tuvo que abandonarlo por la guerra, pues de paje se convirtió en oficial y guerreó en todas partes en los ejércitos de Luis XIII.

En medio de los campamentos permanecía Racán fiel á las musas¹. Recordaba su juventud en la verde Turena y sabía, en medio de su

1. En la poesía española son mucho más numerosos los soldados poetas. Para no citar sino algunos de los más célebres, recordaré al insigne Garcilaso, á Ercilla, autor de la *Araucana* y, en época más reciente, á Cadalso, muerto en el sitio de Gibraltar, á Ros de Olano, etc. (N. del T.)

campaña, gustar el encanto de los campos. Era sensible á las bellezas naturales y las cantaba. En 1625, á los 36 años, había terminado sus *Bergeries* (*Pastoriles*). Hubiera podido morir entonces, pues su carrera poética terminaba precisamente en el momento de empezarla. Poco importa lo que hizo después: su valor en el sitio de La Rochela, en 1628, su matrimonio, y la herencia que recibió á la muerte de su primo el duque de Bellegarde y que le permitió retirarse á vivir en Turena.

No ganaría mucho su fama con recordar sus *Odas Sagradas*, sacadas de los salmos de David, y sus poesías cristianas.

El acontecimiento más notable del resto de su vida fué su elección en la Academia francesa y el singular discurso que pronunció en su recepción.

— Señores, había preparado un discurso de seis páginas para daros las gracias, pero mi gran lebrél blanco lo cogió de encima de mi mesa y se lo comió. Os pido toda clase de excusas.

He ahí un perro bien alimentado. En este asunto se observa algo de rústico, de rudo, de hidalgo campesino; se reconoce al oficial, al cazador, al jinete que vive en compañía de su lebrél, del que no se separaban nunca los señores de antaño, ni aún en la piedra tumbal.

Parece haber sido un tipo encantador de tímida y cómica torpeza. « Hubiérase dicho que no tenía sentido común », declara Tallemant des Réaux.

— Tenía cara de campesino, tartamudeaba y no podía pronunciar su nombre porque, por desgracia, eran la r y la c las dos letras que peor pronunciaba. Varias veces tuvo que escribir su nombre para hacerse comprender. Por lo demás era buen hombre y no muy avisado.

Corre acerca de su persona una anécdota célebre y muy significativa.

La Srta. de Gournay, hija adoptiva de Montaigne, le había enviado su libro la *Sombra*. Racán creyó de su deber ir á darle las gracias.

— El caballero de Bueil, uno de sus parientes, y Yurande, sabiendo que Racán debía ir á las tres á dar las gracias á la Srta. de Gournay por su libro la *Sombra* que le había enviado, decidieron darle una broma igualmente que á la pobre señorita. El caballero fué allá á eso de la una y llamó; Jamín fué á decir á la señorita que deseaba verla un caballero. Estaba ella haciendo versos y, al levantarse, dijo: « Este pensamiento era muy lindo, pero ya volverá, mientras que ese señor no volvería. » Dijo que era Racán á quien sólo conocía de nombre, y ella lo creyó. Hízole mil cortesías á la moda de su tiempo y le dió especialmente las gracias, porque siendo joven y bien parecido, no se desdeñaba de ir á visitar á una pobre vieja; el visitante, que tenía ingenio, le dijo mil cosas y ella estaba encantada al verle de tan buen humor. Oyendo maullar á su gata, decía á Jamín: « Jamín haz que calle la gata, á fin de que pueda escuchar al Sr. de Racán. »

Apenas salió el Sr. de Bueil, llega Yurande que, hallando la puerta entornada, se coló diciendo: «Entro con mucha confianza, porque la ilustre Srta. de Gournay no debe ser tratada como el vulgo. — Me agrada el cumplimiento, replicó la señorita; Jamín tráeme mi cuaderno para que lo apunte. — Vengo, señorita, á daros las gracias por el honor que me habéis hecho en ofrecirme vuestro libro. — Yo caballero, repuso, no os lo he enviado, pero debería haberlo hecho. Jamín, trae un ejemplar para este señor. — Tengo uno, señorita y para demostrároslo, os diré que hay tal cosa en tal capítulo.»

Después de esto le dijo que llevaba en cambio unos versos suyos. Ella los tomó y los leyó. «Son lindos, perfectos: imitáis á Malherbe. ¿Podría saber vuestro nombre? — Señorita, me llamo Racán. — ¡Caballero os burláis de mí! — Señorita, ¡burlarme yo de una heroína, de la hija adoptiva del gran Montaigne! — Está bien, está bien, dijo ella, entonces el que acaba de salir es el que se ha burlado. Pero no importa, de todos modos me alegro de haber conocido á dos caballeros tan ingeniosos y tan apuestos.»

Dicho esto se separaron.

Poco después llega el verdadero Racán, que entró casi sin aliento, pues estaba algo asmático y la señorita vivía en el tercer piso: «Señorita, le dijo sin ceremonia, permitidme que tome una silla.» Dijo esto con muy poca gracia y tartamudeando. — «¡Oh! ¡qué figura tan ridícula, Jamín! dijo la Srta. de Gournay. — Señorita, dentro de un cuarto de hora, cuando haya recobrado el aliento, os diré el motivo de mi venida. ¿Cómo diablos habéis venido á vivir tan alto? ¡Oh! decía respirando con fatiga, ¡qué alto está! Señorita, os doy las gracias por el regalo de vuestro libro que me habéis enviado; os estoy muy agradecido.» La señorita entretanto miraba á aquel hombre con aire desdeñoso. «Jamín, desengañad á este pobre caballero; no he enviado el libro sino á fulano, á zutano, al Sr. de Malherbe y al Sr. de Racán. — ¡Ése soy yo, señorita! — Mira Jamín, ¡qué lindo personaje! Á lo menos los otros dos eran divertidos, mientras que éste es un mal bufón. — Señorita, yo soy el verdadero Racán. — No sé quién sois, pero lo que sí sé es que sois el más tonto de los tres.»

Dicho esto empezó á gritar ¡ladrones! y se oyó subir gente; Racán se colgó á la cuerda de la subida y se dejó escurrir hasta abajo. Aquél mismo día supo la señorita la verdad de lo ocurrido y fué al día siguiente por la mañana á verle para pedirle mil excusas y poner el asunto en claro.

Todo este relato de Talleman es muy lindo y nos presenta un Racán muy típico, poco mundano, poco elegante, un verdadero hidalgo campesino.

Gustábanle los campos y éstos le pagaban su cariño con felices inspiraciones. Las *Pastoriles* son una pastoral en cinco actos, cuya enmarañada intriga puede resumirse de esta suerte: Artenice ama á Tisimandro y es amada por Alcidor y por Lícidas¹; Idalia ama á Alcidor y es amada por Tisimandro. Es preciso que todo este lío se desenrede y que en fin de cuentas resulten dos matrimonios que unan respectiva-

1. En nuestra parnasos tenemos, en este género, para no citar sino las más conocidas, las deliciosas églogas de Garcilaso y las que en el siglo xviii escribió el delicado *Batilo* (Meléndez Valdés). (N. del T.)

mente á Alcidor y á Artenice, y á Tisimandro y á Idalia. Lícidas se vale de la magia para excitar el amor de Tisimandro; pero resulta castigado por el desdén general. Idalia es al fin reconocida como hermana de Alcidor, lo cual les hace renunciar al matrimonio y de este modo todo se arregla. La intriga es bastante trivial y se parece á la de las pastorales de la época. Domina en ellas el ingenio pero no el corazón. La obra tiene nobleza graciosa y, leída en pequeñas dosis, procura un placer literario de bastante buena ley. Los paisajes son risueños y, aún hoy día, se oyen con gusto algunas estrofas.

Sabía construir los versos, disponer las estrofas y asegurar la armonía de la estancia melodiosa, como puede verse por esta encantadora estrofa:

Thyrsis, il faut songer à faire la retraite;
La course de nos jours est plus qu'à demi faite;
L'âge insensiblement nous conduit à la mort:
Nous avons assez vu sur la mer de ce monde,
Errer au gré des vents notre nef vagabonde;
Il est temps de jouir des délices du port¹.

Hay en la dulzura de esta poesía bucólica algo de virgiliano; hace pensar en el cisne de Mantua, algunos de cuyos efectos ha traducido muy lindamente Racán, como el *majoresque cadunt*....., en este verso:

Les ombres des coteaux s'allongent dans les plaines².

En resumen, Racán triunfó en el género bucólico muy de moda en su tiempo. El terrible Boileau no le clavó la garra y hasta le alabó con exceso:

Racan pourrait chanter à défaut d'un Homère³!

Es demasiado; Racán no merece ser tratado con tan excesivo honor ni tampoco con la crueldad con que Boileau trató á la mayor parte de sus víctimas. La posteridad, más equitativa, ha puesto en su lugar al cantor de las *Pastoriles*⁴ colocándole entre los poetas dignos de estima que jamás leemos, pero cuyos nombres no se olvidan.

1. Thyrsis, pensar debemos en buscar el retiro,
De nuestra vida el curso más que mediado está,
Los años, sin sentirlo nos llevan á la muerte
Ya hemos visto bastante, de este mundo en el mar,
Á merced de los vientos vagar nuestra barquilla,
Del puerto las delicias ya es tiempo de gozar.
2. Las sombras del collado se alargan en el llano.
3. Cantar Racán podría á falta de un Homero.
4. Léase la obra de Luis Arnould.

No hay tal vez ejemplo de notoriedad tan universal como la de Juan de La Fontaine (1621-1695). Los niños se lo saben de memoria, agrada á la edad madura, encanta á la vejez y se han hecho de sus obras innumerables ediciones. Todo el mundo está de acuerdo en cuanto á la perfección de la forma, al encanto de su poesía, á la pureza y á la nitidez, á la seguridad del estilo amable y hábilmente cándido, á la precisión de las imágenes y á la exactitud de la observación.

En cuanto al valor de la inspiración, Taine, en un libro definitivo en que aplicaba su método riguroso y convencional, ha precisado su alcance pero restringiéndolo á nuestro modo de ver. Ha reconocido en las fábulas de La Fontaine un cuadro de la sociedad francesa bajo Luis XIV. Si el teatro es un espejo público que se levanta á todo coste y á fuerza de máquinas, estas fábulas son como espejos portátiles. Son dramas en pequeño que reflejan la vida. He aquí al rey León en medio de su corte, rodeado de sus cortesanos, que se desuellan unos á otros, y de sus maestros de ceremonias, que deben disponer el orden del cortejo en los funerales de la reina; se ve arrastrarse todo aquel

Peuple caméléon, peuple singe du Maître¹.

Se interesa uno por los señores Caballos, por el sultán Leopardo, por maese Gil, por aquellos hidalgueros palurdos, por el Elefante que llama á Júpiter « primo », por el Oso que llama irreverentemente á la reina Leona « mi comadre », y por último, por don Puerco, el rollizo hidalgo de quien dice:

Qui mange plus de son, sur mon âme,
Qu'il n'en tiendrait trois fois en un tonneau².

Ese otro señor, que hace alarde de protección insolente y de impertinencia desenvuelta, manda en casa de su huésped, cuyo vino se bebe y á cuya hija acaricia, pues sin duda había leído en Richelieu: « El villano es un mulo á quien su señor honra haciéndole trotar. » La señora Hormiga, la vecina, tiene el corazón seco y el estilo incisivo de los mercaderes que pintó Boileau; el buho es una triste ave y, como filósofo que es, se mostrará gruñón, incivil, pero muy fuerte en materia

1.

Es pueblo camaleón
Pueblo que al Amo remeda.

2.

Que, á fe mía, devora más salvado
Que el que puede caber en tres toneles.

de silogismos, pues estudió en el colegio de Beauvais. Ni Fanción ni Furetière, unidos á Boileau, lograron pintar mejor el París de entonces.

Es justo, pero no es mucho decir. Por el contrario lo que asegura la duración de las fábulas de La Fontaine es su falta de actualidad. La gente de Luis XIV no nos interesa. Las fábulas nos seducen siempre por su verdad de todas las épocas y su humanidad que sobrevive al tiempo. ¿De dónde nace que niños y viejos encuentren placer en su lectura? Este placer no es el mismo en todos. Lo que agrada á los niños es el movimiento, la vida, la disposición llena de atractivo de aquella amplia comedia que tiene cien actos diversos y cuya escena es, no la corte de Versalles, sino el universo. Para los espíritus maduros tienen mayor atractivo el encanto del lenguaje, el talento de la observación, y la eterna exactitud y precisión de aquella filosofía de todos los siglos.

Aquellas fábulas son más que fábulas, especie de moral en acción, cuentos, relatos, pequeñas comedias. La lección no es esencial ni mucho menos. Con frecuencia el poeta hace constar el mal sin curarlo, á la manera de un novelista. Diríase que no se cuida de moralizar y seguramente su vida no le preparaba para tan imprevisto papel. Hojéense sus obras y se observará en seguida que las fábulas son un accidente feliz en una larga carrera literaria que, á no ser por ellas, hubiera sido mediana y poco edificante.

Sus cuentos son la última y definitiva refundición de los *fabliaux* que él volvió á traer de Italia al suelo natal, tomándolos de Boccaccio y de Ariosto. Con maliciosa sencillez, superior al arte de los novelistas italianos, sobresale en el modo de preparar los incidentes, sorpresas y confidencias en un estilo anterior á Rabelais.

La primera colección apareció en 1663, tres años antes del primer libro de las fábulas. Es el siglo de Luis XIV, en la más estricta intimidad, cuando retirado el último suizo de la escolta real, lejos de la antecámara oficial y cerradas las puertas, alumbran los candelabros las cenas y reuniones de los cortesanos más disipados y de las damas menos recatadas, como la sobrina de Mazarine, María Ana Mancini, duquesa de Bouillon, Mad. d'Hervart, Mad. de la Sablière y sus amigos, La Fare, Rochefort, Lauzún, Foix, Brancas y los epicúreos ingeniosos y hastiados como el príncipe de Conti y el duque de Vendôme, cuyas fiestas en Anet y en el Temple eran una picante aplicación de la literatura á la galantería.

Tratábase de divertir á una sociedad bastante licenciosa, y nuestro poeta adoptó el tono de su oyentes, sin que éstos tuvieran que echarle en cara el tratarlos con sobrado miramiento. Su Musa adoptó el tono de las pequeñas orgías y rió al resplandor de las antorchas que alumbraban las botellas de champagne y los descompuestos vestidos.

No hay en ello nada edificante como tampoco en el resto de sus trabajos literarios. Tenemos, en primer término, sus epístolas, como la dirigida á Mad. de La Fayette enviándole un pequeño billar; la dirigida al príncipe de Conti, á Mignón, el perrito de S. A. R. Mad. de Orleáns, y la escrita al Sr. de Vendôme; hay además las predicciones galantes para las cuatro estaciones, la respuesta de una dama á un sueño de su amante, baladas, madrigales, rondeles, sonetos, recibos en verso, décimas, canciones, versos para retratos, óperas, comedias hechas con Champmeslé, cuya esposa era encantadora y con quien colaboró La Fontaine en el sentido más lato, y, por último, bailes. En todo esto no brilla mucho la moral, ni aun siquiera en el poema, que consagró á la *Quina*, más sano seguramente, como poema farmacéutico.

Si La Fontaine no hubiera escrito otra cosa, ni aun los farmacéuticos se acordarían de él.

Si no fuese La Fontaine, no se leerían ya ni se reeditarían todas esas obras sin color que no tienen más interés que su curiosidad documental. Es una bruma gris de la que salieron las fábulas como la llama de un relámpago.

Es extraordinario el tiempo que perdió este hombre. Publicó su primera colección de fábulas en 1668, cuando tenía 47 años. Cuando apareció la segunda tenía ya 57. Á la edad de 38 años, y muy cerca de los cuarenta, ¿qué hacía? Rimaba un baile cuya acción tenía lugar en la encrucijada de Beau Richard en Château-Thierry, y se ve que conocía perfectamente el tecnicismo del mercado de granos. Parécenos ver al bueno de La Fontaine andar entre los costales y los mercaderes, oír los tratos y notar hasta el rebuzno de los asnos.

Por la misma época acompañaba animosamente en el destierro á su amigo Jonás, comprometido en el proceso Fouquet. Enviaba á su mujer cartas que revelan la complacencia trivial de un individuo que envía á una Preciosa páginas inéditas para que las lea en su salón. Y eso es precisamente lo que hacía ella, leyendo á todo su « círculo » la relación del viaje hecho al Limousín por su marido en 1663, en cartas que tienen de todo, prosa, verso, color, noche, humorismo, tedio, noñadas:

— En verdad es un gusto viajar, pues se encuentra siempre algo notable; no podéis figuraros cuán excelente es la manteca que comemos. (Clamart, agosto de 1663).

¿Hay algo más divertido que esta profunda observación del turista que empieza á notar sus impresiones de camino, ¡y qué impresiones! desde Clamart?

Después se encuentra más de una página linda y agradable; son

1. Conviene advertir que el pueblecito de Clamart se encuentra á una hora escasa de París. (N. del T.)

verdaderas acuarelas y croquis, paisajes de campos ó de ciudades, dignos de un artista; por ejemplo la torre de Montlhéry y Étampes con sus suburbios.

— Contemplamos con lástima los suburbios de Etampes. Imagináos una serie de casas sin techumbre y sin ventanas, abiertas por todas partes: no hay nada más feo ni repugnante. Esto me trae á la memoria las ruinas de Troya la Grande. En verdad, la fortuna se burla perfectamente del trabajo de los hombres. Por la noche hablé de esto con mis compañeros y al día siguiente atravesamos la Beauce, país tedioso y que aguijoneaba mi natural inclinación á dormir.

Vienen luego Orleáns, el Loira, Blois, y el Indre, á cuyas orillas encuentran extraordinarios vagabundos.

— Después de haberlo pasado, hallamos en la orilla tres hombres de bastante buen aspecto pero mal vestidos y muy destrozados. Uno de estos héroes guzmanescos se había hecho una trenza que le colgaba por detrás como la cola de un caballo. No lejos de allí divisamos algunas Filis, es decir Filis de Egipto, que se dirigían hacia nosotros bailando, loqueando, enseñando los hombros y llevando tras sí á unas dueñas detestables, que nos miraban con tanto desprecio como si hubieran sido hermosas y jóvenes. Aún me estremezco de horror al pensar en este espectáculo, y he estado más de dos días sin poder comer. Seguíanlas inmediatamente dos mujeres muy blancas, de tez delicada y buen talle; no eran muy hermosas, pero parecían ángeles comparadas con las otras que eran verdaderos demonios. Saludamos á aquellas dos señoras con mucho respeto, tanto por su aspecto como por sus faldas que verdaderamente eran ricas y no parecían dignas de tal compañía. El resto de su traje consistía en un capotillo de tela blanca; llevaban en la cabeza un sombrerito á la inglesa de tafetán de color con galón de plata. Nos devolvieron el saludo con una ligera inclinación de cabeza, caminando siempre con gravedad de diosas y sin dignarse apenas fijar sus ojos en nosotros, simples mortales. Seguíanlas otras dueñas no menos feas que las anteriores; cerraba la caravana un franciscano.

Los equipajes iban detrás parte en carros, parte en bestias de carga; seguían luego cuatro carrozas vacías y algunos lacayos alrededor. Al fin venía formando escolta el Sr. de la Fourcade, guardia de corps. Ya podéis adivinar de qué gente se trataba. Como seguían nuestro camino y paraban en la misma hostería en que nuestro cochero nos había hecho parar, sentimos escrúpulo de acostarnos en las mismas camas y de beber en los mismos vasos. La que más se atormentaba con esto era la condesa.

La Fontaine dejó una numerosa correspondencia, escrita con desembarazo y en la que se nota su cortedad habitual. Es un documento útil ya que no un monumento literario. Hay que agregar los poemas *Adonis* (1669) y cuatro años más tarde, *El Cautiverio de San Malco*, en el que son dignos de notar algunos lindos paisajes. La Fontaine era paisajista por naturaleza y tenía conciencia de ello:

Je n'ai jamais chanté que l'ombrage des bois,
Les échos, les zéphirs et leurs molles haleines,
Le vert tapis des près et l'argent des fontaines¹.

Sobresalía en este género, entonces bastante nuevo, y parece que poseía ya el alma de un Corot, de un Français ó de un Julio Dupré. ¿No es enteramente moderno este pasaje del *Sueño de Vaux* (1671)?

Errer dans un jardin, s'égarer dans un bois,
Se coucher sur des fleurs, respirer leur haleine,
Ecouter en rêvant le bruit d'une fontaine
Ou celui d'un ruisseau coulant sur des cailloux,
Tout cela, je l'avoue, a des charmes bien doux².

En una carta á su esposa decía: « En el jardín hay muchos sitios campestres y es precisamente lo que á mi me encanta. »

El mismo año publicó la *Novela de los Amores de Psiquis y de Cupido*. Es una adaptación de Apuleyo que no vale el trabajo que le costó. La Fontaine nos dice en confianza:

— He hallado en esta obra mayores dificultades que en cuantas han salido de mi pluma. Sorprenderá sin duda á los que la lean y no se figurarán nunca que una fábula contada en prosa me haya costado tanto trabajo; porque, en lo principal, que era el hilo de la intriga, ya tenía un guía, y me era imposible extraviarme. Apuleyo me suministraba la materia; sólo restaba la forma, es decir las palabras, y perfeccionar la prosa, lo cual no me parece cosa muy difícil pues es el lenguaje natural de todos los hombres. Sin embargo confieso que me cuesta tanto como los versos y que en esta obra me ha costado más que en ninguna.

Sólo merece recordarse una página y es aquella en que La Fontaine dibuja el grupo de los cuatro amigos Aristo, Acanto, Gelasto, y Polifilo, que son Boileau, Racine, Molière y La Fontaine.

— Cuatro amigos, cuyo conocimiento tuvo su origen en el Parnaso, formaron una especie de sociedad, á la que yo llamaría academia si hubieran sido más numerosos y si hubieran tenido más en cuenta á las Musas que su propia distracción. Lo primero que hicieron fué desterrar de sí las conversaciones regulares y todo lo que huele á conferencia académica. Cuando se hallaban juntos, después de haber hablado largamente de sus diversiones, si recaía por casualidad la conversación en algún punto relacionado con las ciencias ó bellas letras, aprovechaban la ocasión: sin embargo no se detenían largo tiempo en la misma materia, pues andaban revoloteando como abejas que encuentran en su camino diversas especies de flores. Entre ellos no

1. Sólo cantó mi musa la sombra de los bosques.
Los ecos, y del céfiro el blando suspirar;
La alfombra de los prados, la plata de las fuentes...

2. Vagar por los jardines, perderse en los boscajes,
Tenderse sobre flores, su aliento respirar;
Soñar oyendo el ruido de la fontana pura
Ó del manso arroyuelo que entre guijas murmura.
Todo esto, lo confieso, tiene encanto sin par.

tenían eco la malignidad ni la cábala. Adoraban las obras de la antigüedad sin escatimar á los modernos las debidas alabanzas; hablaban de las suyas con modestia y se daban sinceros consejos cuando alguno de ellos incurría en la enfermedad del siglo y hacía algún libro, lo cual ocurría raras veces.

Polifilo era el más sujeto á ello. Las aventuras de Psiquis habíale parecido muy dignas de ser contadas de un modo agradable. Trabajó largo tiempo sin hablar á nadie; por último comunicó sus designios á sus tres amigos, no para preguntarles si continuaría, sino de qué modo debía continuar. Cada uno dió su parecer y él escogió lo que quiso. Cuando estuvo acabada la obra, pidió día y hora para leerla. Acanto, según su costumbre, no dejó de proponer un paseo á algún sitio lejano, fuera de la ciudad, poco frecuentado y á donde no fuese nadie á interrumpirlos: allí escucharían la lectura con menos ruido y más gusto. Gustábanle extraordinariamente los jardines, las flores y los sitios sombríos. En esto se le parecía Polifilo; pero puede decirse que á éste le gustaba todo. Estas pasiones que llenaban sus corazones de cierta ternura se manifestaban en sus escritos y constituían su principal carácter. Inclinábanse ambos hacia la lírica, con la diferencia de que Acanto era más tierno y Polifilo más florido. Los otros dos amigos, Aristo y Gelasto, eran, el primero serio, sin ser burraño, y el segundo muy alegre. Aceptada la proposición de Acanto, dijo Aristo que se habían hecho nuevos embellecimientos en Versalles, que había que ir á verlos y salir muy de mañana, á fin de que tuviesen tiempo de pasearse después de oír las aventuras de Psiquis. Así se acordó inmediatamente y así lo realizó al siguiente día.

El paseo á Versalles es más interesante que la novela misma; la descripción tiene toques felices y pintorescos. Véase esta puesta de sol, observada por un artista:

— Os ruego que os fijéis en ese color gris de lino, en ese tinte de aurora, en ese matiz anaranjado y sobre todo en esa púrpura que rodea al rey de los astros. Hace largo tiempo que la tarde no se ha mostrado tan bella.

Desgraciadamente el desdichado gusto de la época recobra en seguida su imperio y el poeta corrige su impresión realista con este tono más noble:

— El sol había tomado su carro más resplandeciente y sus vestidos más espléndidos.

De *Climena* (1671), comedia en que Apolo convoca y hace cantar á las Musas, cada una en su género, es el famoso verso tan frecuentemente citado:

Il nous faut du nouveau, n'en fût-il point au monde¹.

La Fontaine no lo escribió ni lo pensó así. Los versos que él puso en boca de Apolo son los siguientes:

1. ; Exigimos algo nuevo,
Aunque no lo haya en el mundo!